

ADICIONES - PENITENCIA - Y EN ADELANTE ¿CÓMO SIGO?

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Primera Parte, Cap. VII y VIII), en la que el Santo nos invita a **PURIFICAR EL AFECTO AL PECADO y CÓMO HACERLO.**

DE LA SEGUNDA PURIFICACIÓN, QUE ES LA DEL AFECTO AL PECADO

Todos los israelitas salieron de Egipto, mas no todos de buena gana¹, por lo cual, cuando estaban en medio del desierto, muchos de ellos echaban de menos las cebollas y los manjares de aquella tierra. De la misma manera, hay penitentes que salen, en efecto, del pecado, pero no todos dejan la afición a él; es decir, proponen no pecar más, pero con cierta mala gana de privarse y abstenerse de los deleites pecaminosos; su corazón renuncia al pecado y se aleja de él, mas no por ello deja de volver, de vez en cuando, la cabeza hacia aquel lado, como la volvió la mujer de Lot hacia Sodoma². Se abstienen del pecado, como los enfermos de la fruta, que no comen de ella porque el médico les amenaza con la muerte si no saben privarse; pero se inquietan, hablan de la fruta y de la posibilidad de comerla; quieren, a lo menos, olfatearla y tienen por dichosos a los que la pueden gustar.

También estos débiles y cobardes penitentes se abstienen, por algún tiempo, del pecado, pero a regañadientes; quisieran poder pecar sin condenarse, hablan con afecto y gusto del pecado, y consideran felices a los que lo cometen. Un hombre decidido a vengarse cambiará de resolución en la confesión, pero enseguida se le verá entre los amigos, complaciéndose en hablar de su pendencia pasada, diciendo que, si no hubiese sido por el temor de Dios hubiera hecho esto o aquello y que el artículo de la ley divina que nos manda perdonar, es difícil; que ojalá fuese permitido vengarse. ¡Ah! ¿quién no ve que este pobre hombre, si bien está libre del pecado, continúa encadenado por el afecto al mismo, y que, hallándose fuera de Egipto, con el cuerpo, está todavía allí, con el deseo, y suspira por los ajos y las cebollas que allí solía comer? Tal hace también la mujer que habiendo detestado sus perversos amores, gusta todavía de ser festejada y cortejada. ¡Ah! ¡Qué peligro más grande corren estas personas!

¡Oh Filotea! puesto que quieres emprender la vida devota, es necesario no sólo que dejes el pecado, sino que purifiques enteramente tu corazón de todos los afectos que nacen del pecado, porque, aparte del peligro de reincidir, estos desdichados afectos debilitarían continuamente tu espíritu y lo gravarían de tal suerte, que no podrías hacer las buenas obras con aquella prontitud, celo y frecuencia que constituyen la esencia de la devoción. Las almas que, habiendo salido del pecado, tienen todavía estos afectos y estas debilidades, se parecen, a mi modo de ver,

¹ Números 11, 4-5

² Génesis 19,26

a las doncellas de pálido color, cuyas acciones sin estar ellas enfermas, tienen todos los achaques del enfermo: comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin gozo, y andan a rastras, en vez de caminar. De la misma manera, estas almas obran el bien, con una dejadez espiritual tan grande, que quita toda la gracia a sus buenos ejercicios, que son pocos en número y pequeños en efectos.

DE CÓMO SE HA DE HACER ESTA SEGUNDA PURIFICACIÓN

El medio, pues, y fundamento de esta segunda purificación es el vivo y fuerte conocimiento del gran mal que nos ha causado el pecado, conocimiento que provoca en nosotros una profunda y vehemente contrición; pues, así como la contrición, con tal que sea verdadera, por pequeña que sea, sobre todo si se junta a la virtud de los sacramentos, nos purifica suficientemente del pecado, asimismo, cuando es grande y vehemente, nos purifica de todos los afectos que del pecado se derivan. Un odio o un rencor flojo y débil nos hace antipática la persona odiada y nos induce a evitar su compañía; pero, cuando el odio es mortal y violento, no sólo huimos de la persona aborrecida, sino que nos disgusta, y no podemos sufrir el trato de sus compañeros, amigos y parientes y su imagen y todo cuanto a ella se refiere. Así, cuando el penitente odia el pecado, movido de una ligera, aunque verdadera contrición, resuelve sinceramente no volver más a pecar; pero cuando el aborrecimiento es fruto de una contrición vigorosa y potente, no sólo detesta el pecado, sino todos los afectos, relaciones y caminos que a él conducen. Es necesario, pues, Filotea, que acrecentemos nuestra contrición y nuestro arrepentimiento, a fin de que llegue a extenderse hasta las más insignificantes manifestaciones del pecado. Magdalena, en su conversión, de tal manera perdió el gusto por el pecado y por los placeres que en él había hallado, que jamás Pensó en ellos; y David no sólo aborreció el pecado, sino también todos sus caminos y senderos. En esto consiste la renovación del alma, que el mismo profeta compara con la renovación del águila³.

Ahora bien, para llegar a este conocimiento y contrición, es necesario que te ejercites con cuidado en las siguientes meditaciones, las cuales, bien practicadas, desarraigarán de tu corazón, mediante la gracia de Dios, el pecado y las principales aficiones al mismo; precisamente con este fin las he compuesto expresamente. Las harás por el orden indicado, y solamente una cada día, por la mañana, a ser posible, porque es el tiempo más a propósito para todas las actividades del espíritu, e irás rumiándola durante todo el día. Y, si todavía no estás acostumbrada a meditar, atiende a lo que diremos en la segunda parte.



Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!

³ Salmo 119, 104-128